

Luis Ovando Hernández, S.J.

Diciembre

tiempo de luz y paz

El mes de diciembre supone para nosotros un momento muy especial, cargado de significado. Es en este mes cuando recordamos de manera particular cómo el Dios amante de la Vida ha salido a nuestro encuentro en la historia de Jesús Niño, causa última de nuestra salvación, nacido en el seno de una discreta familia, y en unas circunstancias que todavía hoy no dejan de sorprendernos. Dios, con su encarnación, pone de manifiesto su amor por nosotros, su simpatía por los seres humanos.

Podemos afirmar que somos nosotros quienes "provocamos" el nacimiento de Jesús, el heraldo de la paz. Este acontecimiento se da, además, no en una historia hipotéticamente perfecta y buena, sino en una historia también transitada por el mal.

Que Dios, pequeño e indefenso, al resguardo de sus padres, haya actuado de esa forma y no de otra, es para nosotros hombres y mujeres fuente de alegría y esperanza, de paz y deseos de dirigir nuestro andar por el camino que Él mismo nos preparó. "Querer ser más buenos" en diciembre no conoce edades ni culturas, aunque ambas influyan en el modo de recibir y demostrar dicho don.

Nuestras vidas –en su dimensión más profunda, en lo mejor de nosotros mismos–, se abren al Niño que nos sonríe desde el pesebre para establecer un diálogo en el que le pedimos, además de salud y unión familiar, fortaleza aquellos valores que tanto necesitamos los venezolanos hoy día, y que están por encima de intereses individuales, e incluso de la propia existencia. La respuesta inmediata que recibimos de parte de Dios es, a su vez, una promesa: Él estará siempre con nosotros, pues somos lo que más ama. Este amor que viene de Dios lo vivimos en términos de agradecimiento y de paz.

La revelación de Dios se da en la realidad

Desde antes de su nacimiento Jesús prueba las consecuencias del poder que se autoexalta, dilatándose y concretándose en un censo como acto consecratorio de la ocupación militar que confirma una estructura político-económica dominante (Lc 2,1). Este censo es la consumación del poder de unos hombres sobre otros. Estamos en presencia de un poder hegemónico malévolo, que se organiza para fortalecerse, y nada más. Se busca el poder por el poder mismo; el bien común no interesa, sino el uso indiscriminado del poder. En esta historia de mal es donde el Señor se presenta como un Niño pobre, que no tiene siquiera dónde posar la cabeza, y todo ello para guiar nuestros pasos en la vía de la alegría y la paz.

El nacimiento de Jesús contrasta con aquello que debía convertirse en la manifestación del poder desnudo, co-

locándose como centro de una Buena Noticia, y dividiendo la historia en un antes y un después. Dios se dona a nosotros como hijo en su Hijo, el Hermano Mayor a nuestro servicio. Para todos aquellos que queremos llegar hasta donde está Dios (Gén 11,4), ser como Él (Gén 3,5), nos encontramos con que Él nos alcanza en Belén, misterio del amor expuesto a toda pequeñez y humillación sólo por querer estar con nosotros, y que Él es como nosotros. Él "es-con-nosotros". Dios, amor y acogida, se nos presenta necesitado de amor y de acogida, y encuentra hospitalidad en el lugar de nuestra historia de gracia y pecado. Es ahí donde está inmerso Dios, a fin de ser encontrado (Rom 5,20).

En medio de nuestra coyuntura también crece la acción de Dios, y se nos muestra como la dimensión más profunda de la realidad y de las personas. El poder malévolo, oscuramente invulnerable, se siente inseguro al no poder prever cómo Dios actuará a favor de su pueblo pobre y sometido (Mt 2,3). El aparato del mal, organizado para prolongarse en el poder, ofrece un elemento que juega a favor de Dios: Jesús nace en Belén, que no es otra cosa sino el símbolo de la creatividad divina (Miq 5,1), que no quiere que esta historia sucumba presa de la dominación de los hombres sobre sus hermanos.

La aparición de Dios tiene cabida justo en el momento en que el mal pareciera haber llegado a su máxima expresión, y todo pareciera estar en sus manos. Cuando los dados han sido echados, y todo parece apuntar a que los hijos de la oscuridad volverán a imponerse sobre los vencidos de la historia, se enciende nuevamente una luz en el imperio de las tinieblas: con el nacimiento de Jesús Dios se da por entero (Is 7,14). Este es el modo en que Dios se propone vencer el mal; es esta la manera como Él pretende cambiar los criterios dominantes.

Acoger la Buena Nueva a ejemplo de los pobres

Los tentáculos de la fuerza dominante logran extenderse hasta la humilde aldea de Nazaret, destruyendo los modestos planes que seguramente José y María tenían para su primogénito, y obligándoles a emprender camino para empadronarse en la ciudad de David (Lc 2,4). Los viajeros harán el camino

de acuerdo a la condición social a la que pertenecen. Para María, el camino se hará doblemente pesado. Hemos dicho que se trata de un viaje obligado, pues no parte de una decisión propia.

Obedientes al capricho del César, estos dos pobres con Espíritu, ejemplo del Israel fiel, se solidarizan con todos aquellos más pequeños obedientes a Dios, al cual es mejor obedecer antes que a los hombres (Hch 4,19). El lugar del nacimiento de Jesús será un refugio de animales, en las afueras de la insignificante ciudad. Este hecho nos indica que para ellos no había hospedaje en Belén. Dios, en Jesús, revela la calidad de su compromiso con el mundo: ahora la historia será tierra fecunda donde se geste el Reino, y donde brote con el mismo asombro de todo nacimiento. Donde se cree que no hay gente sino animales, brota la novedad del Dios que nos salva (algo parecido sucede en nuestros barrios caraqueños, donde algunos trabajamos). "Dios-con-nosotros" nace marcado por la fragilidad, pero amado por José y María. La alegría de su nacimiento vendrá comunicada a todo un pueblo, y a todos los pueblos. Eso es lo que representan los pastores (Lc 2,8-18), y los magos (Mt 2,1-12).

El anuncio que viene de Dios se da primeramente a una ínfima categoría socio-religiosa, de muy mala fama, que dormía al descubierto. Lo primero que salta a la vista es que a Dios le gusta hablar con los sencillos (Prov 2,23), con aquellos despreciados por todos (1Cor 1,28). Él no tiene nada que ver con un dios grande, tremendo, potente y glorioso, que nos da miedo (Gén 3,10). Los pastores corren a ver al Niño. Crean, y una vez confirmado lo que se les dijo, lo anuncian. Los magos, símbolo de todos nosotros, acogen igualmente el anuncio y se ponen en camino, de noche, guiados por una estrella hasta encontrarse con el pequeño.

El momento de Dios

En medio de nuestra complejísima situación nacional, imposible de abarcar en su totalidad, es donde intentamos vivir la experiencia del Dios que se nos revela en el Niño que yace en el pesebre de Belén. Hoy día, el cultivo en mayor o menor grado de esta experiencia de relación con el Niño Dios es indispensable para nuestra vivencia de fe. Lo primero que habrá que

afirmar a todo pulmón es que la división no es la determinación última ni de la sociedad ni de las personas en su intimidad. La fractura social se traduce en exclusión; la división en la persona es signo de ruptura interior.

Diciembre es la época en que ponemos de manifiesto la necesidad de descubrir al Dios que se hace Niño. Él también nos necesita y nos busca. Para poder reconocerlo en medio de los momentos duros que hemos vivido como pueblo este año, tenemos que disolver con la mirada que solemos dirigir a los niños, la costra de dicha realidad, para encontrar a Dios y a su Reino como verdades últimas y activas. Con Él nos encontraremos con lo mejor de nosotros mismos, y en la acción transformadora.

Esta experiencia es un regalo en el verdadero sentido de la palabra. Esta experiencia con sabor a definitivo, se nos muestra en un instante inevitablemente breve ("¡qué rápido pasó diciembre!", solemos decir). El desafío después de la Navidad es vivir una relación con Dios en la vida diaria que nos permita profundizar en este misterio de amor. La cotidianidad es el lugar ideal para fortalecer dicha relación, en una experiencia que integra la historia y no la divide, pero que también es integradora de las personas, pues nos adentra cada vez más en la intimidad del Dios de Jesús, que carga nuestra historia en su corazón. Encontramos a Dios en lo profundo de la realidad, y la realidad en la profundidad de Dios (Benjamín González Buelta).

Lo dicho arriba se puede constatar a partir de unos frutos bien concretos, a saber, cuando el reconocimiento del otro y el respeto por los demás se convierten en urgencia dentro de nosotros; cuando privilegiamos la actitud de escucha de aquel o aquellos que no piensan como nosotros; cuando nuestra acción se informa de la esperanza y no de rumores; cuando no son los extremos los que definen nuestras existencias sociales, sino que son la mente y el corazón abiertos, de modo tierno y llenos de esperanza.

No serán, pues, las "agendas ocultas" las que nos sacarán de esta crisis, sino lo más hondo de nosotros mismos, expresado a niveles populares como "querer vivir y trabajar en paz". Es aquí donde se gesta el diálogo que lleva a la reorganización, tanto personal como so-

cial, según unos valores que están por encima de intereses mezquinos, y que no son desconocidos para nosotros (nos referimos a los valores).

Diciembre, por último, nos habla de la calidad del amor de nuestro Dios, débil e impotente, cuyo único interés es ser querido por nosotros. El Dios de Jesús tiene necesidad de nuestro amor. El pesebre es el lugar de la llegada de Dios hasta nosotros. En este encuentro que disuelve barreras y divisiones, se nos revela nuestra verdad última, el destino de la creación que se gesta en una profundidad mucho más honda que las estridencias fratricidas de "oficialistas" y "oposiciones" que se extienden por todo el ser individual y social, y nos invita a la comunión con el mismo amor demostrado por Dios en nuestra historia.

A nosotros se nos exige disponibilidad para acoger y realizar las nuevas propuestas de Dios. Él trabajará con nosotros en la historia para crear juntos sus propuestas. Cada paso dado es un paso de humanización de los hombres y mujeres. En la historia nos encontraremos con nuestras debilidades y fallos, pero también nos encontraremos con el Niño Dios. Sólo entonces podremos hacer nuestra la experiencia de Pablo: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom 5,20).

Pensemos en este Dios-Amor que ha entrado en nuestra lógica de no-Amor para encontrarse con nosotros. Quien descubra esto, se ofrecerá por completo al Dios que reposa en el pesebre.

Nosotros estamos invitados, a ejemplo de los pastores y los magos, "a dar esta Buena Noticia a los pobres" (Is 61,1). Si Dios es este niño débil, cada vez que nosotros nos topemos con la debilidad, la propia y la de nuestros hermanos, conoceremos algo de Él. Que este diciembre no sólo nos traiga paz, sino también luz para poder sumergirnos generosa y responsablemente en el año venidero, trabajando en favor de nuestros hermanos y hermanas más pequeños.

Luis Ovando Hernández, S.J.

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC

